

EL HUÉRFANO.

ORACION DE UN NIÑO AL PIE DEL SANTUARIO.



Señor, Señor, si al invocarte tiembla
Cuanto subiste en la extensión creada,
Yo átomo imperceptible, polvo, nada,
Cómo podré tu nombre balbucear ?

Mas ¡ay! mi voz de niño temblorosa
No pretendo traspase el alto cielo,
Yo tan sólo te invoco aquí en el suelo
Aquí, Dios mío, en tu prisión de amor.

Aquí, donde eres fuente de ventura
Manantial de consuelo y de esperanza,
Do en sus tormentas halla la bonanza
El combatido humano corazón.

En el Santuario, aquí, donde el anciano
Encuentra alivio á su tenáz fatiga;
Donde el joven su ardiente sed mitiga.
Su abrasadora sed de aspiración.

Donde el niño también. . . mas ¡ay! Dios mío,
¿Que puede el niño que á vivir empieza ?
El sólo llora y llora con terneza
Si tiene un padre á quién confiar su mal.

Mas yo, Señor, soy huérfano sin Padre,
El que me dió tu amor. ¡Ah! ya no existe! . . .
Si el árbol muere ¿ qué es de la hoja triste
Entregada al furor del aquilón ? . . .

También, Señor, ausente de tu Padre,
Prisionero te encuentras en el mundo:
¡ Huérfanos somos, yo en mi mal profundo,
Tú por amor al hombre, por mi amor !

Si, por mi amor, Bien mío, te sometes
Al abandono pérfido en que el hombre

Te deja ingrato, sin que ni tu nombre
De cautivo le pueda enternecer.

Mas nosotros los huérfanos, Dios mío,
Jamás, Señor, jamás te dejaremos,
Tus predilectos somos y vendremos
A llorar á tus pies nuestra orfandad.

T. A. A.

1878: